

Relaciones entre Animación sociocultural y Gestión cultural

José María Quintana Cabanas

Introducción

Quizás sería oportuno comenzar esta disertación por el final, o sea, decir ya de una vez adónde vamos a llegar, qué conclusión sacaremos, qué mensaje deseamos transmitir sobre el tema. Pues esto, que puede servirnos también como declaración de principios, puede actuar a modo de hipótesis de trabajo y orientar todo nuestro discurso.

Vamos a hacerlo, pues nuestras tesis son, en definitiva, pocas, claras y contundentes; y, una vez enunciadas, se iluminará el panorama conceptual por el que vamos a discurrir. Pensamos decir, en esencia, lo siguiente:

- 1) No vayamos a confundir la Animación sociocultural y la Gestión cultural una con otra, pues, evidentemente, son dos cosas distintas.
- 2) Tras un predominio de la Animación sociocultural, para algunos ésta empieza a declinar, ante la pujanza que cobra la Gestión cultural.
- 3) La Gestión cultural, en efecto, está llamada a desarrollarse y a jugar un importante papel en la vida cultural de la sociedad.
- 4) Pero no por eso la Animación sociocultural debe disminuir su acción y su presencia.
- 5) Pues, en definitiva, son -como hemos dicho- dos realidades distintas, compatibles, complementarias, y el incremento de una no tiene por qué acarrear el declive de la otra.

Aclaremos, también, una cosa: cuando decimos “Animación sociocultural” queremos decir “Animación cultural”, y esta última expresión es la que normalmente vamos a utilizar. Y esto requiere también una explicación.

En nuestro libro sobre *Los ámbitos profesionales de la Animación* (1993) hemos querido distinguir claramente Animación sociocultural de Animación cultural. Mejor dicho, hemos debido hacerlo; pues, a nuestro entender, son dos cosas distintas. Parte esto de la idea general de que la Animación es una actividad compleja y polifacética que se aplica a campos muy diversos, habiéndose llamado a todo ello con el nombre genérico de Animación sociocultural (e incluso a otras cosas, como la pedagogía del Tiempo Libre infantil y juvenil). Y esto no puede ser. Es preciso diferenciar varios tipos de Animación y, por supuesto, a cada uno llamarlo por su nombre.

En este sentido afirmamos que el nombre genérico no ha de ser “Animación sociocultural”, sino “Animación”, porque la “sociocultural” es ya una especie particular de Animación, igual que la “cultural”, que es otra. Precisamente nos interesa aquí diferenciarlas.

En el libro aludido llamamos Animación “cultural” -y el concepto es fácil y evidente- a la que tiene por objeto promover la cultura popular “incidiendo en los grupos de personas, en los colectivos ciudadanos, a fin de hacer que se

movilicen culturalmente y organicen todo tipo de manifestaciones y movimientos culturales” (p. 62). Las más características de éstas pueden ser las siguientes: ciclos de conferencias, cursillos de formación, cinefóruns, experiencias de personalidad, cultivo de las artes plásticas, artesanía y manualidades, teatro, música, danza popular, concursos, literatura, expresión, excursionismo y turismo.

La Animación “sociocultural” es algo mucho más serio y profundo, socialmente hablando, en el sentido de implicar un compromiso social, militancia y lucha por el cambio de realidades sociales problemáticas y marginales. Definimos la Animación sociocultural como “una actuación intencional para transformar las actitudes individuales y colectivas mediante la práctica de actividades sociales, culturales y lúdicas, hechas de un modo participativo” (p. 30).

Parece claro que la Gestión cultural no apunta directa ni inmediatamente hacia ese objetivo y que tiene mucho que ver, en cambio, con el objeto de la Animación cultural. Por eso es con ésta que vamos a relacionarla, analizando en qué coinciden y en qué difieren.

¿Qué es la Gestión cultural?

La Animación cultural queda ya definida e identificada; por lo demás, una ya larga tradición teórica y práctica, así como una extensa bibliografía, nos aclaran suficientemente el concepto.

No ocurre lo mismo, en cambio, con el de Gestión cultural, que para algunos suena tal vez a nuevo, y en parte desconocido. Podríamos decir, de entrada, que la Gestión cultural se halla vinculada a la Administración, en cuanto dispensadora

pública de servicios a la sociedad, en este caso Servicios Culturales.

Dicho así el concepto resulta un poco fuerte y estereotipado, pero contrasta con lo que entendemos por Animación, con lo cual obtiene una delimitación específica. Y hablando con más propiedad, Gestión cultural es el conjunto de “métodos que tienden a armonizar las exigencias de los proyectos creativos (no solamente artísticos) con las exigencias del territorio”. Como dice Eduardo Delgado (1988b: 17), gestionar la cultura es gestionar el conflicto entre proyectos surgidos de iniciativas creativas (y en tanto que tales, frecuentemente particularistas, centrífugas e incluso individualistas...) y las exigencias del territorio que obligan a una visión de conjunto de necesidades de participación, cooperación y solidaridad”.

La Gestión cultural tiende a poner al alcance de los ciudadanos los bienes culturales y, al propio tiempo, facilitar a aquellos la participación en la producción libre y espontánea de estos. Se trata de abrir unos cauces, formales y efectivos, de la cultura a los ciudadanos, y de estos a la cultura. Y, en esta función, lo que se pide y espera de la Gestión cultural es racionalidad, eficacia, disponibilidad y aportación de recursos.

La Gestión cultural tiene su expresión más genuina cuando la vemos ejerciéndose desde un municipio o desde instancias administrativas superiores (Diputaciones provinciales, Consejerías o Ministerio de Cultura); pero puede ser realizada también en un centro cívico o en asociaciones culturales. La vemos en los municipios cuando andan preocupados por plantearse su trabajo cultural de un modo planificado y organizado, cuidan-

do una oferta de programas culturales, las relaciones con asociaciones y el voluntariado, la creación y el mantenimiento de equipamientos, y una política de patrimonio. En todos estos casos la Gestión cultural tiene cuatro polos de referencia, determinados por sus relaciones al territorio (unos destinatarios), a la economía (unos costos), a la comunicación (unos cauces) y a la producción artística (unas fuentes).

La Gestión cultural nos habla de intervención cultural y de trabajo cultural con las colectividades. Y aclaremos ya que ello puede constituir tanto un servicio público como un servicio "social", prestado por una entidad asociativa, que puede hacerlo como iniciativa privada y hasta -a veces- con ánimo de lucro.

Podemos hablar de unos ámbitos de la administración cultural. En los países donde se utiliza esta expresión, dichos ámbitos suelen ser estos tres: la educación extraescolar, la promoción de la creación artística y la protección del patrimonio histórico. A estos podemos añadir, según E. Fernández Prado (1991: 24), los siguientes:

- desarrollo de la investigación científica y técnica
- deporte
- promoción de los jóvenes, los ancianos y los niños
- promoción de las mujeres
- ocio y tiempo libre
- promoción y fomento de las lenguas
- medios de comunicación.

La Gestión cultural está para facilitar la relación entre la población y la cultura: abrir vías de contacto, hacer circular los productos, allegar medios; y esto con imaginación, facilidad, suficiencia y operatividad.

En la teoría de la Gestión cultural aparecen una serie de conceptos que no suelen ser usuales tratándose de la Animación. Son los aludidos por términos como desarrollo cultural, inversión cultural, consumo cultural, acción cultural, servicios culturales, promoción cultural, bienestar cultural, igualdad cultural, planificación cultural y política cultural; por cierto que -según E. Fernández Prado (1991: 18)- "podemos definir una política cultural como un conjunto estructurado de intervenciones conscientes de uno o varios organismos públicos en la vida cultural".

Otros dos términos que suenan en Gestión cultural son los de "democratización cultural" y "democracia cultural". Sabemos que también la Animación sociocultural los recuerda a menudo, contraponiéndolos a gusto. Esto es debido a que -como ya cabe suponer- entre Gestión cultural y Animación sociocultural hay puntos comunes, según ahora vamos a ver.

La relación entre la Animación y la Gestión culturales

Esta relación no es nueva. Y así, por ejemplo, E. Ander-Egg, que es un autor clásico en Animación, lo es también en Gestión cultural, de modo que a veces hablando de lo primero se refiere igualmente a lo segundo, como hace en su libro *La Animación y los animadores* (1992), donde tiene un capítulo titulado "Los trabajadores de la cultura como nuevos agentes de la acción cultural". Este libro reproduce escritos publicados anteriormente en América Latina, donde tradicionalmente hay buenos expertos en Gestión cultural, como Jorge Cornejo Polar, pre-

sidente de la APPAC (Asociación Peruana de Promotores y Animadores Culturales); por cierto que en dicho libro afirma Ander-Egg (p. 163ss) que en la política cultural intervienen tres tipos de agentes diferentes: los animadores, los administradores y los investigadores; a los administradores les asigna la función de “atender a los aspectos administrativos-contables de los servicios culturales”, y a los investigadores el “recoger y sistematizar la información suficiente y adecuada para programar las actividades y establecer una estrategia para la toma de decisiones”.

Para un primer cotejo entre los conceptos de Animación y Gestión culturales puede irnos bien el recurrir a esquemas lógicos de la Escolástica en la distinción que establece, por su objeto formal, entre dos ciencias que tienen un mismo objeto material. Con lo cual la Animación cultural y la Gestión cultural, aun teniendo idéntico objeto material (la cultura), dado que una se ocupa de su animación y la otra de su gestión, serán también dos disciplinas diferentes. No cabe, pues, confundirlas; una cosa son los animadores y otra los gestores culturales: dos profesiones distintas, con aptitudes personales y también actividades diferentes. El animador es un catalizador carismático de las actitudes colectivas; el gestor, en cambio, es un técnico, un ejecutivo, un “manager”. La Animación es más vocacional, y la Gestión puede dominarse con un aprendizaje.

Ahora bien, la dos se ocupan de la cultura, y esto establece entre ellas nexos, analogías y hasta funciones comunes. Su relación es estrecha, en el sentido de que la Animación despierta el ansia de cultura, y la Gestión hará por colmarla; la Animación suscita la demanda, y la Gestión organiza la oferta.

Sin el animador, el gestor no tendría trabajo; sin el gestor, el animador y su público quedarían frustrados, deseando lo que no hay. Podría venirnos bien aquí un símil con lo que decía Kant, en su teoría del conocimiento, al enseñar que “el concepto sin la intuición es vacío, y la intuición sin el concepto es ciega”; pues parecidamente podríamos decir nosotros que *la Animación cultural sin Gestión cultural es vacía, y la Gestión cultural sin Animación está muerta*, no llega a ninguna parte, no consigue nada.

Animación y Gestión apuntan a una misma meta final: la vivencia y el disfrute de la cultura popular. Consigna común de ambas podría ser: “La cultura del pueblo por el pueblo y para el pueblo”. La Gestión cultural se fija más en el *para*, y la Animación en el *por*. Pero al final se encuentran: son como dos caminos que llevan a un mismo lugar. Son dos medios de conseguir lo mismo, ordenándose el uno al otro.

Pero no olvidemos sus diferencias. Estas se aprecian también al considerar la distinta estima que los expertos en política y planificación culturales pueden tener a una y a otra según el momento histórico. Algo podemos decir al respecto, según vamos a ver.

Alza y declive de la Animación y de la Gestión culturales

Afirmamos la necesidad simultánea que la sociedad tiene de esas dos técnicas, pero lo cierto es que corremos el peligro de que, al insistir en una, nos estemos olvidando de la otra. Esto es lo que ha ocurrido y está ocurriendo un poco. Analicemos los hechos, comenzando por Francia.

Primero vino la Animación socio-cultural: fue la época de la posguerra, preocupada por la promoción de la "educación popular". De 1950 a 1980 se crean equipamientos socioculturales y nacen los profesionales, que se juntan a los voluntarios para desarrollar las prácticas culturales. En este largo período Michel Simonot distingue dos fases: en la primera dominan los animadores, otorgando primacía a los públicos, y en la segunda (desde 1975) dominan los "creadores" culturales, bajo el principio de que la obra posee ya fuerza comunicativa en sí misma para llegar al público, de modo que los animadores serían más bien un obstáculo. Era ésta una primera crítica a la Animación. La segunda vino después de 1980, en que se implantan las estrategias de oferta cultural, de modo que el creador pasa a un segundo plano en relación con los que proporcionan la oferta: el productor, el director y el publicitario.

Hay unos nuevos principios que rigen este período, que son los siguientes: 1º necesidad de racionalidad para suscitar la fusión entre estos dos términos: producto/destinatarios; 2º aparición de nuevos profesionales, a saber, los intermedios culturales (para comunicación, gestión y marketing); 3º relativización del papel del creador; 4º una confrontación entre la lógica artística y la lógica de la racionalidad; 5º el concepto de producto substituye al de obra. Con todo esto, del animador ya apenas se habla.

Y en España, ¿qué ocurre? En España en esos temas hemos ido y vamos a remolque de nuestra vecina Francia. Pero eso sí, con el natural y correspondiente retraso. De modo que ahora nos encontramos en el *boom* de la Animación. Mejor dicho, tal vez ya lo hemos sobrepasado.

En España se fue introduciendo la Animación en los años 60 y sobre todo 70, década esta última del proceso de democratización del país. Los años 80 fueron de consolidación, extensión y perfeccionamiento de la Animación en nuestro país, a todos los niveles: se fundan Escuelas de animadores, con planes de formación ambiciosos; se constituyen asociaciones profesionales de animadores; se reúnen en todas partes jornadas y congresos de Animación... Y en ésas estamos, aunque sea con la no pequeña frustración de que, entre las Diplomaturas universitarias de reciente creación, no nos han concedido la de animador sociocultural, tan pedida y esperada por todos nosotros.

La verdad es que hemos mitificado bastante la Animación, hasta provocar una inflación de su imagen y sus posibilidades. La nueva figura del educador social, y la antigua del trabajador social, no han sido suficientes para provocar entre nosotros una crisis de la Animación. Mas parece que ésta se producirá un poco por sí misma. Como comenta E. Delgado (1988b: 16) refiriéndose al caso de Francia, "el uso universal e indiscriminado del término acabó por vaciarlo de contenido en su valor operativo (...) Entrada la década de los 80 se empezó a constatar que la Animación no era ni una metodología de trabajo social ni de planificación cultural, ni tan solo una guía a la definición de objetivos de participación". Y añade el mencionado autor en otro lugar (1988a: 13): "En los países de mayor renta, el terreno de intervención social que en su día se designó como Animación socio-cultural se ha visto hoy ocupado por otras disciplinas mejor equipadas teórica y profesionalmente: la educación permanente, la asistencia social o la pedagogía

del tiempo libre. La evolución de estas disciplinas y la incapacidad para un rearme conceptual han hecho obsoleto el término de *Animación sociocultural* a efectos de encuadrar adecuadamente la teoría y la práctica de la planificación, gestión y evaluación del desarrollo cultural en los términos en que se plantea en la actualidad”.

El futuro de la Animación y la Gestión culturales

Now parece que este último juicio es excesivamente pesimista, al menos por lo que se refiere al caso español actual. Entre nosotros la Animación goza de mucho prestigio, diríamos que de buena salud profesional, y parece que de buenas perspectivas en todos los aspectos. Incluso en el académico, donde, amparándose bajo la égida de la Educación Social, podrá gozar hasta de la codiciada Diplomatura universitaria profesional.

Dígame lo que se diga, creemos que la Animación es un instrumento no sólo útil, sino *insustituible* para el logro de los interesantes objetivos que se propone. En este sentido no quisiéramos que declinara ni viniera a menos, sino que los animadores culturales se unan a todos los demás agentes que se proponen promover el desarrollo cultural de nuestro pueblo. Pues, como ha escrito C. Fabricio (1982: 438) haciéndose eco de la opinión de la UNESCO, “la Animación representa el conjunto de acciones que deben ayudar a los individuos a tener una vida más libre, más activa y más creadora, dominando mejor las evoluciones, comunicando mejor con el prójimo, participando mejor en la vida de los grupos, desarrollando al mismo tiempo la propia personalidad y la autonomía”.

Todo esto son ideales, a nuestro

entender, irrenunciables. Pero -como sigue diciendo el mismo autor (íbidem.)- “la Animación sólo adquiere todo su sentido si se inserta en una política cultural global, que comprenda sobre todo una política del medio ambiente aplicada a la enseñanza, a la educación permanente, a los medios, a las industrias culturales y que favorezca las actividades creadoras de cada uno, para concretar la democracia cultural”. Con todo eso se insinúa que la Animación sola no basta, sino que, para ser más eficaz en los resultados últimos a los cuales apunta, debe aliarse con otras tecnologías culturales que cuentan con medios y elementos que ella no tiene.

Una de esas tecnologías es la Gestión cultural. Hacemos votos, pues, para que su práctica se vaya afianzando y extendiendo entre nosotros. Pero sin que esto sea con menoscabo de la Animación, sino que -como insinuábamos al comienzo- las dos sean capaces de convivir y de reforzarse mutuamente. Si saben hacerlo así, la popular se lo agradecerá.

Bibliografía

- ANDER-EGG, Ezequiel (1992): *La Animación y los animadores*. Narcea, Madrid, 2ª edic.
- DELGADO I CLAVERA, Eduardo (1988a): “Los contenidos sociales de la cultura”. En *Referencias*, nº 5, pp. 4-13.
- (1988b): “La gestión cultural”. En *Referencias*, nº 5, pp. 15-17.
- FABRIZIO, Claude (1982): “El desarrollo cultural en Europa”. En *El desarrollo cultural. Experiencias regionales*. UNESCO, París.
- FERNANDEZ PRADO, Emiliano (1991): *La política cultural. Qué es y para qué sirve*. Trea, Gijón.
- QUINTANA CABANAS, José María (1993): *Los ámbitos profesionales de la Animación*. Narcea, Madrid.